

Julio Camba, coleccionista de países¹

Ana Rodríguez Fischer

¿Son el *pastiche* y la parodia signo del agotamiento de un género o subgénero literario que ha alcanzado ya cierto grado de previsibilidad (entiéndase manierismo), sea por la sobreabundancia de su cultivo, sea por haber generado ese fenómeno que conocemos como «lo epigonal»? Al filo del siglo XX, la literatura de viajes también tuvo su «Quijote». En 1901-1902 aparecían los *Viajes morrocotudos*, de Juan Pérez Zúñiga, subtulado *En busca del «Trifidus melancholicos»*. La obra, de rotundo éxito y a la que no tardaría en seguir *Seis días fuera del mundo (Viaje involuntario)*, de 1905, aunque se presenta como una novela de humor, es una parodia de los libros de viaje, cuyo molde estuvo a punto de adoptar el narrador, «aprovechando la actual afición del público a las expediciones maravillosas, a las novelas de movimiento y a los infundios cosmopolitas», según declara en el primer capítulo. Salvo por la cercana y conocida Europa y por la lejana y desconocida Oceanía, estos viajes transcurren por el resto del planeta, empleando los más variados medios de transporte –tren, globo, vapor– y teniendo por hilo conductor la búsqueda de ese misterioso «trifidus melancholicos» (que acabará revelándose un percebe común y corriente), financiada por Mr. Sandwich, un excéntrico y acaudalado turista inglés. Capítulo a capítulo, el lector asiste a la parodia de los elementos más destacables del género: desde la figura del viajero a los episodios y peripecias vividos, pasando por ciertos tópicos propios de tales narraciones como la dificultad de describir, el pintoresquismo, las apelaciones al lector, o la referencia a otros autores y viajeros, ficticios o reales. Y es que los libros o crónicas de viaje se habían vulgarizado. El escritor que pretendiera cultivar literariamente el género se vería obligado a renovar ciertos hábitos formales y temáticos.

Es de todo punto imposible disociar el nombre del escritor Julio Camba del concepto crónica de viajes, que fue, más que los artículos

¹ La siglas de los textos citados corresponde a: Páginas escogidas (PE), Alemania (A), Londres (L), Playas, Ciudades y Montañas (P), La rana viajera (RV), Aventuras de una peseta (AP) y Nueva York. La ciudad automática (NY).

periodísticos, el género narrativo que le proporcionó la extraordinaria popularidad de que gozó entre los lectores de prensa española a lo largo de la segunda década del siglo XX. Como inseparable es el concepto viaje de la persona Julio Camba, que, siendo todavía adolescente, emprende un largo periplo por la Argentina del que regresa en diciembre de 1902. La primera misión periodístico-viajera sería que se le encomienda es la que, en diciembre de 1908, lo llevó a Constantinopla para relatar los cambios de «la joven Turquía» tras el estreno del régimen político constitucional, permaneciendo allí hasta principios de marzo de 1909. Luego, al poco, vendrá la primera estancia larga en París² –desde primeros de setiembre de 1909 a finales del mismo mes del año siguiente– y en Londres (de diciembre de 1910 a enero de 1912); el breve retorno a París –de febrero a mayo de 1912– y el primer viaje largo a Alemania –de junio de 1912 a julio de 1914, con un breve interludio londinense. *La rana viajera* y *Aventuras de una peseta* son los dos libros de viajes que marcan la cima de la popularidad alcanzada por el escritor y periodista gallego, que reunía allí una selección de sus colaboraciones en *España Nueva*, *El Mundo*, *La Correspondencia de España*, *La Tribuna*, *La Vanguardia*, *ABC*... escritas desde París, Londres, Berlín o Munich y a las que seguirán las enviadas desde Italia (Milán, Roma, Nápoles y Florencia), Lusitania (Lisboa, Coimbra...), Suiza, Nueva York («la ciudad auto-ática»), o diversos puntos de la península ibérica (Madrid, San Sebastián, Málaga, Bilbao, la costa galaica). Ahora se recuperan 280 de ellas, escritas entre marzo de 1907 y julio de 1914.

En todas esas crónicas, estamos ante un aventurero que viaja únicamente a lomos de su yo, desembarazado de todo equipaje salvo el que va adquiriendo en sus correrías. Reveladoras son las palabras preliminares de *La rana viajera* que aluden a ese modo de viajar:

² Desconozco aún las razones de su expulsión de Francia, a las que el propio Camba sólo alude (no sin cierta ironía) en «Adiós a Francia»: «Yo no puedo dejar esta hermosa tierra de Francia sin un poco de melancolía. Francia es un país muy alegre, muy bonito, muy dulce y, sobre todo, muy libre. Es verdaderamente lastimoso el que quieran echarme de un país en donde existe una libertad tan grande, y, para evitar que me echen, yo me voy. ¡Cómo lamentaré yo en Alemania la libertad francesa! [...] En Francia hay una gran libertad de opinión, y no sólo para los que no opinan mal de Francia, sino también para los que opinan en contra de los países extranjeros. Aquí se puede decir libremente todo lo que se quiera contra Rusia y contra Italia, contra España y contra Alemania. Aquí se puede ser nihilista ruso, cosa que está prohibida en Rusia, y revolucionario de Barcelona, cosa que no se permite en España.[...] Yo quisiera en este momento disponer de un estilo algo lírico, para darle mis adiós a Francia. Yo no puedo dejar Francia sin melancolía. Claro que, al decir Francia, yo no me refiero realmente a Francia, sino más bien a la reunión española de la terraza del café de la Source.» (PEs, 465–6).

Yo estoy en mis colecciones de crónicas extranjeras como una rana que estuviese en un frasco de alcohol. El lector puede verme girar los ojos y estirar o encoger las patas a cada momento. Lo que parecen críticas o comentarios no son más que reacciones contra el ambiente extraño y hostil. Yo he ido a París, y a Londres, y a Berlín, y a Nueva York con una ingenuidad y una buena fe de verdadero batracio. Y si lo que quería mi director era observar el efecto directo de la civilización europea sobre un español de nuestros días, ahí tiene el resultado: una serie constante de movimientos absurdos y de actitudes grotescas.

Como reveladores de la actitud y mentalidad independientes del viajero son otros comentarios que se van desprendiendo en una u otra página, desde los más anecdóticos³ a otros que denotan el *modus operandi* del cronista y su designio. Un designio y una actitud que dista ya mucho del subjetivismo de estirpe romántica que pervivía en la literatura de viajes hasta fechas muy próximas a aquellas en que transcurren las aventuras de Julio Camba. El yo del viajero está omnipresente en estas páginas, sólo que ese yo se muestra y perfila como caricatura, convencido como lo está el autor de que todo retrato debe ser siempre una caricatura porque todo hombre es el intérprete de sí mismo⁴, y convencido de que el periodista está obligado a calumniar:

Yo he calumniado muchas veces la montaña, como he calumniado tantas otras cosas. ¿Qué va a hacer el pobre periodista, obligado a poner un poco de amenidad en la vida de sus lectores, como no sea calumniar? A pesar de todo cuanto se diga, la realidad nos ofrece muy pocos canallas, muy pocos bandidos, muy pocos tipos originales y pintorescos que se salgan de la moral común

³ Tal, cuando escribe, distanciándose así de la imagen estereotipada de un determinado tipo de viajero: «Démosnos un paseo por Stambul y si somos tan cursis que usamos carnets de anotaciones...» (PE, 172).

⁴ La afirmación la hace a raíz de la impresión de teatralidad que le produce Roma, una ciudad falsificada por la pintura, a diferencia de aquellas otras cuyos sentimientos y costumbres fueron falseados por los literatos. Citaré in extenso: «Yo puedo concebir —no sé por qué, probablemente por la fuerza de la costumbre— que un grupo de personas, reducidas a un tercio de su tamaño natural, se acomoden a vivir juntas y colgadas de una pared en dos metros cuadrados de lienzo. Lo que no concebiré nunca son estas mismas personas pegadas a un techo en actitudes natatorias. Lo absurdo de su posición me obsesiona, y por muy bien que el artista las haya pintado, yo no puedo apartar nunca de mí la idea de que están pintadas. //Para mí, además, el retrato tiene que ser siempre una caricatura, y no en el sentido de que el pintor interprete la psicología del retratado, sino porque yo creo que cada hombre, tal como se le ve, no es nunca más que una interpretación de sí mismo. En cada uno de nosotros yo creo que ha habido originariamente un tipo ideal del que nosotros no somos nunca más que la caricatura. Usted, lector, no es realmente usted. Usted es una caricatura de otro señor, es decir, una caricatura de lo que usted debiera haber sido.» (A, 97).

y del orden establecido. Hay, pues, que inventarlos o exagerarlos, y esto es la calumnia. (AP, 127).

Declaración que, al lector de Julio Camba, en parte le resulta veraz y, en parte, puro gesto *pour épater*, ya que estamos ante un escritor-viajero que, irreductible en su propósito de acabar con algunos tópicos propios del género, muestra una irreverencia y un desenfado poco comunes. Empezando por la misma imagen del escritor-viajero, según la perfila en la «Advertencia leal contra los libros de viajes» que encabeza *Aventuras de una peseta*:

Hay quien envidia la suerte del escritor viajero. –¡Las cosas que verán tales hombres en este mundo! –piensan algunas personas.// Pero en este mundo, y supongo que en todos, el pobre escritor no ve más cosa que una: artículos. Para la mayoría de las gentes, el desierto es el desierto, y el bosque es el bosque. Para el escritor, en cambio, el desierto es una crónica, y el bosque es otra crónica. Usted, amigo lector, me deja a mí frente al mar, pongamos por caso, mientras va a darse un pequeño paseo, y cuando vuelva, ¿qué creerá usted que he hecho yo con la azul inmensidad? Pues exactamente lo mismo que hubiera hecho con una iglesia románica, con un par de calcetines, con un discurso del señor Lerroux, con una puesta de sol o con un nuevo procedimiento para combatir la tuberculosis: la habré cogido y la habré transformado, reduciéndola a una superficie literaria de 150 centímetros cuadrados, poco más o menos.// Nada es como es, sino como nos lo representamos, y el escritor, colocado ante una cosa cualquiera, o no la ve, o la ve en forma de artículo.

Y continuando por la desmitificación de los libros de viaje que, como otros géneros literarios, están cargados de impostura porque «el escritor, que sólo ve sin prejuicios las cosas de que no habla, esto es, las cosas de una elaboración literaria más difícil, habla únicamente de las cosas que no ve, es decir, que no ve como tales cosas, sino como crónicas periodísticas o como capítulos de novela. [...] Decididamente, si hay un modo peor de ver el mundo que como escritor viajero, es como lector de las impresiones de los escritores viajeros». (AP, 10)

Precisamente, al inicio de la serie de artículos que componen la sección «En el país de la ruleta» (que es San Sebastián), de *La rana viajera*, vemos cuestionada la solidez de esa figura del lector destinatario,

Los escritores solemos dirigirnos a «el lector», poco más o menos, así como los criados se dirigen a «el señor». Desgraciadamente, este concepto de «el lector» es demasiado vago. Por lo general, el lector tiene una personalidad multiforme y a veces carece de existencia. Si el lector –ese lector de quien ha-